

Capítulo 11: El Privilegio de la Oración

Dios nos habla por medio de la naturaleza, la Biblia y la influencia de su Espíritu. También habla por medio de la forma en que nos guía. Pero no es suficiente que Él nos hable a nosotros. Si hemos de tener vida y fuerza espiritual, necesitamos expresarle nuestros deseos y nuestro amor.

Nuestras mentes pueden ser atraídas hacia Él. Podemos pensar en sus obras, sus misericordias y sus bendiciones. Pero esto no es en el sentido más pleno compartir nuestros pensamientos y sentimientos con Él. Debemos tener algo que decirle acerca de nuestras alegrías y tristezas, de nuestra vida diaria.

La oración es la apertura del corazón a Dios como a un amigo. Por supuesto, no necesitamos contarle a Dios acerca de nosotros mismos, porque Él ya lo sabe todo. Pero oramos para ayudarnos a conocerle y poder recibirle. La oración no trae a Dios hacia nosotros; nos lleva a nosotros hacia Él.

Cuando Jesús estuvo en la tierra, enseñó a sus discípulos cómo orar. Les dijo que presentaran sus necesidades diarias ante Dios y que pusieran todas sus preocupaciones sobre Él. Y prometió que sus oraciones serían escuchadas. Esta promesa también es para nosotros.

Jesús oraba a menudo. Se hizo uno de nosotros cuando estuvo en la tierra. Sus necesidades eran las mismas que las nuestras, y pidió a su Padre fuerza para enfrentar los deberes de cada día. Sabía que necesitaba la ayuda de Dios para llevar a cabo su obra. Él es nuestro ejemplo en todas las cosas.

Jesús compartió nuestras debilidades, porque fue «tentado en todo según nuestra semejanza» (Hebreos 4:15, KJV). Pero Él fue sin pecado y se apartó del mal. Soportó el dolor y la tortura de la tentación. Aunque era divino, también era humano y necesitaba orar como nosotros. Tenía el derecho de pedir a su Padre las cosas que necesitaba. Le daba consuelo y gozo compartir sus pensamientos con su Padre. El Salvador, el Hijo de Dios, sintió la necesidad de la oración. Cuánto más debemos nosotros, que somos personas débiles y pecadoras, sentir la necesidad de acudir a Dios en oración.

Nuestro Padre celestial espera para darnos su completa bendición. En la oración podemos sentir su amor infinito. ¡Qué maravilla que oremos tan poco! Dios está listo y dispuesto a escuchar la oración sincera del más humilde de sus hijos, pero aun así parece que casi tenemos miedo de decirle lo que necesitamos.

¿Qué deben pensar los ángeles del cielo de los pobres y débiles seres humanos que son tentados a pecar y sin embargo no piden ayuda? El corazón de Dios, de amor infinito, está listo para darles más de lo que pueden pedir o pensar. Sin embargo, oran tan poco y tienen tan poca fe. Los ángeles aman inclinarse ante Dios; aman estar cerca de Él. Su mayor gozo es compartir su tiempo y sus pensamientos con Él. Las personas de la tierra necesitan la ayuda que solo Dios puede dar. Sin embargo, parecen dispuestas a vivir sin sentirle cerca y sin la luz de su Espíritu.

La oscuridad de Satanás, el maligno, rodea a aquellos que no oran. El enemigo los lleva al pecado porque no se encuentran con Dios en la oración. ¿Por qué los hijos e hijas de Dios deberían ser lentos para orar? Dios tiene un gran almacén de bendiciones, y la oración es la llave en la mano de la fe que abre el almacén del cielo.

A menos que oremos con frecuencia, corremos el peligro de volvernos descuidados. Podemos ser llevados a apartarnos del camino correcto. Satanás siempre está tratando de bloquear el camino hacia Dios. No quiere que recibamos gracia y poder a través de la oración para resistir el mal.

Podemos esperar que Dios responda nuestras oraciones, pero debemos cumplir ciertas condiciones. Una de las primeras condiciones es que debemos sentir nuestra necesidad de ayuda de Él. Él ha prometido: «Daré agua al suelo sediento y haré que fluyan arroyos en la tierra seca» (Isaías 44:3). Aquellos que tienen hambre y sed de la justicia de Dios serán saciados. El corazón debe estar abierto a la influencia del Espíritu, o sus bendiciones no pueden ser recibidas.

Necesitamos la ayuda de Dios. Él lo sabe y quiere dárnosla, pero debemos pedírsela. Él dice: «Pedid, y recibiréis» (Mateo 7:7). Pablo escribió que «Dios... no se reservó ni siquiera a su propio Hijo, sino que lo ofreció por todos nosotros.

Si nos dio a su Hijo, ¿no nos dará también gratuitamente todas las cosas?» (Romanos 8:32).

El Señor no nos escuchará si nos aferramos a algún pecado conocido. Pero Él siempre escucha las oraciones de una persona que se arrepiente del pecado. Cuando todos los errores conocidos son corregidos, podemos creer que Dios responderá nuestras oraciones. Nuestra propia bondad jamás hará que Dios nos ame. Es la bondad de Jesús la que nos salvará; es su sangre la que nos limpiará. Sin embargo, tenemos una obra que hacer para cumplir las condiciones de ser aceptados.

También necesitamos fe cuando oramos. «Sin fe es imposible agradar a Dios, porque todo el que se acerca a él tiene que creer que él existe y que recompensa a quienes lo buscan» (Hebreos 11:6). Jesús dijo a sus discípulos: «Cuando oren y pidan algo, crean que ya lo han recibido, y se les dará todo lo que pidan» (Marcos 11:24). ¿Le tomamos la palabra?

Dios es fiel en cumplir sus muchas promesas. A veces podemos pedir y no recibir de inmediato las cosas que pedimos. Pero todavía debemos creer que el Señor escucha y que responderá nuestras oraciones.

No podemos ver el futuro, y a veces pedimos cosas que no serían una bendición. Nuestro Padre celestial, en su amor, responde nuestras oraciones dándonos lo que es mejor para nosotros. Nos da lo que pediríamos si pudiéramos ver todas las cosas como realmente son.

Debemos aferrarnos a las promesas de Dios incluso cuando parezca que nuestras oraciones no son respondidas. A su debido tiempo recibiremos la bendición que más necesitamos. Pero no podemos exigir que una oración sea respondida exactamente de la manera que deseamos. Dios no comete errores. Él es tan bueno que no nos negará nada que nos ayude. No tengas miedo de confiar en Él, aunque no veas una respuesta de inmediato. Cree en su promesa: «Pedid, y recibiréis» (Mateo 7:7).

Si pensamos en nuestras dudas y temores, crecerán más. Necesitamos acudir a Dios con fe, sintiéndonos indefensos, tal como realmente somos. Debemos con

fe humilde y confiada decirle lo que queremos, aunque Él conoce todas las cosas. Él ve todo en la creación y lo mantiene todo en marcha. Él puede y querrá escuchar nuestra oración y dejar que la luz brille en nuestros corazones.

A través de la oración sincera somos acercados a la mente de Dios. Puede que no tengamos una prueba real de que Él está cerca, pero nuestro Redentor se inclina sobre nosotros con amor y simpatía. Puede que no sintamos su toque, pero su mano está sobre nosotros con amor y tierna compasión.

Debemos tener amor y perdón en nuestros propios corazones cuando acudimos a Dios pidiendo misericordia y bendiciones. Oramos: «Perdónanos las ofensas que hemos cometido, así como nosotros perdonamos las ofensas que otros nos han hecho» (Mateo 6:12). ¿Cómo podemos orar esto si tenemos un espíritu implacable? Debemos perdonar a otros si esperamos que nuestras oraciones sean escuchadas. Seremos perdonados así como perdonamos.

La fidelidad en la oración ha sido establecida como una condición para recibir. Debemos orar siempre si queremos crecer en la fe. Debemos «orar en todo momento» (Romanos 12:12). Pablo escribió: «Sean perseverantes en la oración, vigilando en ella con acción de gracias» (Colosenses 4:2). Pedro dijo a los creyentes que estuvieran «alertas, para poder orar» (1 Pedro 4:7). Pablo les dijo: «No se angustien por nada, sino que en toda ocasión, con oración y ruego, presenten sus peticiones a Dios y denle gracias» (Filipenses 4:6). Judas dijo: «Pero ustedes, mis amigos, sigan edificándose... oren en el poder del Espíritu Santo, y manténganse en el amor de Dios» (Judas 20, 21).

La oración constante nos permite mantener una relación inquebrantable con Dios, de modo que la vida fluye de Él hacia nosotros. Entonces, la pureza y la santidad regresan a Dios desde nuestras vidas.

Es importante que nada nos impida orar. Debemos mantener abierto el camino entre nosotros y Jesús. Siempre que sea posible, estemos donde la gente ora. Si realmente queremos caminar de cerca con Dios, iremos a la reunión de oración. Estaremos ansiosos por recibir bendiciones espirituales. Nos pondremos donde podamos recibir los rayos de luz del cielo.

Las familias deben orar juntas. Pero orar en privado es importante. Orar a Dios a solas mantiene vivas nuestras vidas espirituales. Es imposible que una vida cristiana esté sana sin oración. La oración familiar y pública no es suficiente. Una persona debe abrir su corazón a Dios a solas en una oración escuchada solo por Él. Ningún otro oído debe escuchar estos deseos secretos.

Estamos libres de otras influencias cuando estamos a solas con Dios. Podemos acercarnos a Él en silencio, y una dulce influencia fluirá de Aquel que ve en secreto. Su oído está abierto para escuchar nuestra oración, mientras con fe tranquila y sencilla compartimos nuestros pensamientos con Él. Recibimos rayos de luz divina para ayudarnos en la batalla contra Satanás. Dios es nuestra torre de fortaleza.

Debemos elevar nuestros corazones a Dios en nuestros hogares y mientras realizamos nuestro trabajo diario. Así fue como Enoc caminó con Dios. Las oraciones silenciosas ascienden a Dios como el humo del incienso fragante. Satanás no puede vencer a una persona que se aferra a Dios en oración.

En cualquier momento o lugar es apropiado ofrecer una oración silenciosa a Dios. Nada puede impedirnos elevar nuestros corazones en oración. Podemos orar cuando estamos en una calle concurrida y cuando estamos realizando nuestros negocios.

Podemos orar como lo hizo el profeta Nehemías. Mientras estaba de pie ante el rey, pidió a Dios que lo guiara. Cualquier lugar donde estemos puede ser un lugar de oración. Podemos mantener la puerta del corazón abierta todo el tiempo, invitando a Jesús a entrar como un huésped celestial.

Puede haber tanta maldad a nuestro alrededor que sintamos que el aire está envenenado, pero podemos respirar el aire puro del cielo. Al elevar nuestros corazones a Dios en oración, cerramos nuestras mentes a pensamientos que no son puros y santos. Cuando nuestros corazones están abiertos para recibir las bendiciones de Dios, nuestros pensamientos estarán en cosas celestiales y nos sentiremos cerca de Dios todo el tiempo.

Necesitamos entender más claramente por qué Jesús se hizo hombre y comprender mejor el valor de la vida eterna. La belleza de la santidad debe llenar los corazones de todos los cristianos. Debemos pedir a Dios que abra nuestros ojos para que podamos ver mejor esta belleza.

Nuestras mentes deben volverse a Dios para que podamos respirar el aire del cielo. Podemos mantenernos tan cerca de Dios que, sin importar lo que suceda, nuestros pensamientos se volverán a Él. Se volverán con la misma facilidad con que la flor se vuelve hacia el sol.

Podemos poner nuestras necesidades, nuestras alegrías, nuestras tristezas delante de Dios. Podemos compartir con Él nuestras preocupaciones y temores. No lo cansaremos. Él es capaz de contar los cabellos de nuestra cabeza y se preocupa por las necesidades de sus hijos. «Porque el Señor es lleno de misericordia y compasión» (Santiago 5:11).

El corazón amoroso de Dios es conmovido por nuestras tristezas e incluso por nuestro contarle acerca de ellas. Podemos llevarle todo lo que nos preocupa. Nada es demasiado grande para que Él lo soporte, porque Él sostiene los mundos y gobierna el universo. Nada de lo que nos sucede es demasiado pequeño para que Él no lo note. Nada en nuestras vidas es demasiado pecaminoso para que Él no lo sepa. Ningún problema es tan grande que Él no pueda resolverlo. Él comparte nuestras alegrías y nuestras preocupaciones. Él escucha cada oración sincera y siempre está listo para responder. «Él sana a los quebrantados de corazón y venda sus heridas» (Salmo 147:3). Dios conoce perfectamente a su pueblo y trata a cada uno como si no hubiera otra persona por quien hubiera dado a su amado Hijo.

Jesús dijo: «En aquel día pedirán en mi nombre; y no les digo que yo rogaré al Padre por ustedes, porque el Padre mismo los ama» (Juan 16:26, 27). «Yo los elegí a ustedes... Y así, el Padre les dará todo lo que le pidan en mi nombre» (Juan 15:16). Jesús nos dice que oremos en su nombre. Pero orar en su nombre significa más que decir su nombre al principio de la oración y otra vez al final.

Significa orar con la mente y el espíritu de Jesús. Significa que creemos sus promesas, dependemos de su gracia y hacemos su obra.

Dios no nos pide que nos apartemos solos y pasemos todo nuestro tiempo orando. Debemos vivir una vida como la que Cristo vivió. Debemos trabajar tanto como orar. Una persona que no hace nada más que orar pronto dejará de orar, o sus oraciones se convertirán solo en un hábito.

Las personas que dejan de ayudar a otros y de hacer su deber cristiano tienen poco por lo cual orar. Cuando no trabajan para el Maestro, que trabajó por ellos, no tienen nada sobre lo cual orar. Sus oraciones son solo para sí mismos. No oran por otras personas ni por fuerza para hacer la obra de Dios.

Perdemos bendiciones cuando no nos reunimos para darnos fuerza y ánimo unos a otros. Comenzamos a olvidar las verdades de la Palabra de Dios y se vuelven menos importantes en nuestras mentes. Nuestras mentes no son tocadas por el Espíritu de Dios y nos volvemos menos espirituales. Perdemos la simpatía unos por otros cuando nos aislamos de los demás. Entonces no estamos haciendo lo que Dios planeó que hiciéramos. Ser amigables nos pone en sintonía con los demás. Nos hace crecer y fortalecernos en el servicio de Dios.

Debemos hablarnos unos a otros del amor de Dios y del plan de salvación. Esto traería nueva vida a nuestros corazones y a los unos de los otros. Aprenderíamos diariamente más acerca de nuestro Padre celestial y recibiríamos más de su gracia. Desearíamos hablar de su amor, y nuestros propios corazones se calentarían y animarían. Tendremos más de la presencia de Cristo cuando pensemos y hablemos de Él y no tanto de nosotros mismos.

Debemos deleitarnos en hablar de Dios y alabarle. Si pensáramos en Él tan a menudo como somos bendecidos, Él estaría siempre en nuestros pensamientos. Hablamos de nuestros negocios porque nos interesan. Hablamos de nuestros amigos porque los amamos. Son parte de nuestras alegrías y nuestras tristezas. Sin embargo, tenemos una razón mucho mayor para amar a Dios que para amar a nuestros amigos terrenales. Si lo hacemos primero en nuestros pensamientos, nos será fácil hablar de su bondad y contar su poder.

Los ricos dones que Dios nos da no se supone que llenen nuestros pensamientos hasta que no tengamos tiempo para Él. Están para recordarnos constantemente de Él y ayudarnos a amarlo más. Miremos al cielo, donde la gloria de Dios brilla desde el rostro de Cristo. «Él puede, ahora y siempre, salvar a los que por medio de él se acercan a Dios» (Hebreos 7:25).

Necesitamos alabar más a Dios «por su bondad, y por sus maravillosas obras para con los hijos de los hombres» (Salmo 107:8, KJV). Nuestras oraciones no deben ser solo pedir y recibir lo que pedimos. No debemos pensar siempre en nuestras necesidades y nunca en nuestras bendiciones. No damos suficientes gracias. Siempre estamos recibiendo las bendiciones de Dios, ¡y sin embargo, ¡qué poco agradecemos! ¡Qué poco lo alabamos por lo que ha hecho por nosotros!

Hace mucho tiempo, el Señor dijo al pueblo de Israel que se reuniera en ciertos tiempos. Dijo: «Allí, en presencia del Señor tu Dios, que te ha bendecido, tú y tus familias comerán y disfrutarán de las cosas buenas que han trabajado» (Deuteronomio 12:7). Cuando hacemos algo para la gloria de Dios, debemos hacerlo con alegría, con cantos de alabanza y regocijo.

Nuestro Dios es un Padre bondadoso y misericordioso. Trabajar para Él debe ser una experiencia feliz. Debe ser un placer adorar al Señor y participar en su obra. Dios nos ha dado la salvación y no quiere que pensemos en Él como un amo duro. Él es nuestro mejor amigo. Y cuando lo adoramos, espera estar con nosotros y bendecirnos. Quiere llenar nuestros corazones de gozo y amor.

El Señor desea que encontremos consuelo en su obra. Quiere que encontremos más placer que dificultad en servirlo. Quiere que nos llevemos pensamientos felices de su amor y cuidado cuando lo adoremos. Estos pensamientos deben traer alegría a nuestro trabajo diario y darnos gracia para ser honestos y fieles.

Debemos hacer de la cruz de Cristo el centro de nuestras vidas. Debemos pensar y hablar de lo que Él hizo por nosotros. Estos pensamientos deben llenarnos de gozo. Debemos tener presentes las bendiciones y el amor que

recibimos de Dios. Debemos estar dispuestos a confiarle todo a Jesús, porque sus manos fueron clavadas en la cruz por nosotros.

La alabanza eleva el corazón más cerca del cielo. Dios es adorado con cánticos y música en el cielo, y cuando alabamos a Dios, lo adoramos como lo hacen los santos ángeles. Él dice: «El sacrificio que me honra es la acción de gracias» (Salmo 50:23). Comparezcamos ante nuestro Creador con santo gozo. Adorémoslo con «acción de gracias y voz de melodía» (Isaías 51:3, KJV).